

EL CONOCIMIENTO DE DIOS

La Fe Católica nos enseña que la única naturaleza divina subsiste en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Siguiendo la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, único intérprete autorizado de la Revelación, hemos contemplado —en cuanto es dado a la razón humana, a la luz de la fe— la intimidad de este *misterio escondido durante siglos y generaciones y que ahora ha sido revelado a los santos*¹. Un misterio sublime que, después de iluminar con su resplandor nuestra vida en la tierra, podremos contemplar decubierto en el cielo: *verán su cara* —está escrito de los bienaventurados, en el Apocalipsis— *y tendrán el nombre de El sobre sus frentes. Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha ni luz de sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos*². En la visión beatífica contemplaremos perfectamente a Dios Uno y Trino, conocido ahora entre sombras y de modo imperfecto, según anunciaba San Pablo a los corintios: *ahora vemos a Dios como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente, mas entonces le conoceré como soy conocido*³.

LA VISIÓN BEATÍFICA

Es dogma de fe, enseñado repetidamente por la Iglesia, que los bienaventurados *ven la divina esencia con visión intuitiva, cara a cara, sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto. Ven la divina esencia de modo inmediato y desnudo, clara y patente*.

(1) *Colos.* I, 26; (2) *Apoc.* XXII, 4-5; (3) *I Cor.* XIII, 12;

mente; y viéndola así, gozan de la misma divina esencia, de modo que por tal visión y fruición las almas de los que salieron de este mundo son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno⁴. La Iglesia enseña que esta bienaventuranza no consiste en una transformación sustancial en Dios⁵, sino en la elevación sobrenatural del alma y de sus potencias mediante una luz especial, el *lumen gloriae*⁶, que Dios infunde en los bienaventurados haciéndoles capaces de contemplarle cara a cara⁷. *In lumine tuo videbimus lumen*⁸, está escrito en uno de los Salmos. Y el profeta Isaías añade: *ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. Yavé será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu luz. Tu sol no se pondrá jamás y tu luna nunca se esconderá, porque será Yavé tu eterna luz*⁹.

Es también verdad de fe que la visión beatífica comienza en cuanto el alma queda limpia de toda mancha de pecado y libre de toda pena, sin aguardar la resurrección universal: *aquellas almas que, después de recibir el sagrado bautismo, no incurrieron en mancha alguna de pecado, y también aquellas que, después de contraer pecado, se purgaron mientras permanecían en sus cuerpos o después de despojarse de ellos..., son recibidas inmediatamente en el cielo*¹⁰. Una vez iniciada, la misma visión beatífica y su goce son continuos, sin interrupción alguna, y se continuará hasta el juicio final y desde entonces hasta toda la eternidad¹¹. En la gloria del cielo no subsisten la fe ni la esperanza, virtudes propias sólo del que camina en esta tierra, pues las almas que contemplan a Dios cara a cara gozan ya de su plena posesión. La visión beatífica es plenitud de caridad¹², aunque esta plenitud admite grados: enseña la Iglesia que todos los bienaventurados *ven claramente a Dios mismo, trino y uno, tal como es; sin embargo, unos lo ven con más perfección que otros, conforme a la diversidad de los merecimientos*¹³. Por eso amaba San Pablo el sufri-

(4) Benedicto XII, const. *Benedictus Deus*, 29-1-1336; cfr. Clemente VI, Carta *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Concilio de Florencia, Bula *Laetentur coeli*, 6-VII-1439; Pío IX, alloc. *Singulari quaedam*, 9-XII-1854; León XIII, Decreto del Santo Oficio sobre los errores de Rosmini, 14-XII-1887; (5) Cfr. Juan XII, const. *In agro dominico*, 27-III-1329, n. 10; (6) Cfr. Concilio de Vienne, Errores de begardos y beguinos, año 1311; León XIII, Decreto del Santo Oficio sobre los errores de Rosmini, 14-XII-1887; (7) Cfr. Santo Tomás, S. Th. I, q. 12, a. 5; (8) Ps. XXXV, 10; (9) Isai. LX, 19-20; (10) Concilio II de Lyon, Profesión de fe de Miguel Paleólogo, año 1274; cfr. Concilio de Florencia, Bula *Laetentur coeli*, 6-VII-1439; (11) Benedicto XII, const. *Benedictus Deus*, 29-1-1336; cfr. Pelagio I, Carta *Humani generis*, año 557; Concilio IV de Letrán, cap. 1, año 1215; (12) Cfr. I Cor. XIII, 12-13; (13) Concilio de Florencia, Bula *Laetentur coeli*, 6-VII-1439; cfr. Concilio de Trento, sess. VI, can. 32;

miento y se gloriaba en las tribulaciones¹⁴, que tienen la virtud de producir el eterno peso de una sublime e incomparable gloria¹⁵; de ahí que el Padre nos dé este consejo: *bebamos hasta la última gota del Cáliz del dolor en la pobre vida presente. —¿Qué importa padecer diez años, veinte, cincuenta..., si luego es el cielo para siempre, para siempre... para siempre?*¹⁶. Y añade: *vamos a pensar lo que será el cielo. Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para los que le aman (I Cor. II, 9). ¿Os imagináis qué será llegar allí, y encontrarnos con Dios, y ver aquella hermosura, aquel amor que se vuelca en nuestros corazones, que sacia sin saciar?*¹⁷. Yo me pregunto muchas veces al día: *¿qué será cuando toda la belleza, toda la bondad, toda la maravilla infinita de Dios se vuelque en este pobre vaso de barro que soy yo, que somos todos nosotros? Y entonces me explico bien aquello del Apóstol: ni ojo vio, ni oído oyó... ¡Vale la pena, hijos míos, vale la pena!*

CONOCIMIENTO DE DIOS POR MEDIO DE LA FE: LA REVELACIÓN

En ese trayecto hacia la eternidad que es la vida humana, el hombre puede gozar de un anticipo de la visión divina mediante la fe, conocimiento sobrenatural de Dios, que es a la vez luz que le guía en el camino: *intervino Dios desde el principio de los siglos hablando al corazón del hombre, llamándole de mil modos, haciéndole sentir la necesidad de lo divino*¹⁸. La Iglesia ha definido como verdad de fe la existencia de una revelación sobrenatural y libre, en la que Dios tuvo totalmente la iniciativa: *plugo a su sabiduría y bondad —enseña el primer Concilio Vaticano— revelar al género humano por otro camino, y éste sobrenatural, a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad*¹⁹, según anunciaba San Pablo: *proclamamos la sabiduría de Dios en el misterio; sabiduría escondida, que Dios predestinó antes de los siglos para la gloria nuestra, que ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido...; pero que a nosotros Dios nos la ha revelado por medio de su Espíritu.*

(14) cfr. Colos. I, 24; (15) II Cor. IV, 17; (16) Camino, n. 182; (17) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 127; (18) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 18; (19) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 2; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 2;

Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios²⁰.

La revelación se realizó de forma progresiva. Después de hacer un pacto con Noé, Dios prometió a Abraham, siendo ya viejo, una descendencia numerosa. Y como para mostrarle que podía cumplir su promesa, le reveló su nombre: Yo soy El-Shadai²¹, el Dios Omnipotente. Después renovó con Isaac y Jacob esa alianza; y cuando eligió a Moisés como guía de Israel, le reveló su eterna subsistencia, su plenitud de ser: Yo soy el que soy²². Los Profetas completaron más y más esta revelación: Dios es misericordioso y benigno, Dios es la Santidad misma, Dios es eterno y omnisciente, Dios es el Creador de cielos y tierra, el Fuerte, el Único, el Señor de todo, el Juez supremo cuya gloria celebran todas las criaturas.

Todo esto —enseña nuestra Madre la Iglesia— sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne. «He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, dice el Señor»²³⁻²⁴.

La Revelación de Dios alcanzó su plenitud en Jesucristo, según anunciaba San Pablo a los hebreos: Dios, que en otro tiempo habló a nuestros padres en diferentes ocasiones y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en estos días por medio de su Hijo²⁵: Palabra de Dios, que es fuerza de Dios para la salvación del que cree²⁶. Y el Señor siguió enseñando a los hombres: reunió en torno suyo un pequeño grupo de hombres rudos y, con paciencia infinita, los fue formando. Les fue revelando poco a poco —con pedagogía divina— los más altos misterios, al mismo tiempo que con ternura maternal y con la energía de quien tiene autoridad, según hacía falta, iba puliendo y acrisolando sus espíritus toscos y po-

(20) I Cor. II, 7-10; cfr. Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 1.
(21) Genes. XVII, 1; (22) Exod. III, 14; (23) Ierem. XXXI, 31-34; (24) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9; cfr. const. dogm. *Dei Verbum*, n. 3; (25) Hebr. I, 1; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9; const. dogm. *Dei Verbum*, n. 17;
(26) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 17;

co sensibilizados para las realidades celestiales²⁷. Dios mismo, con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino: Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte, y para hacernos resucitar a una vida eterna²⁸.

La revelación que culminó en Cristo se cierra con la muerte del último Apóstol, San Juan²⁹. La economía cristiana, por ser la alianza nueva y definitiva, nunca pasará; no hay que esperar, por tanto, otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo Señor nuestro³⁰. Hasta entonces, la Iglesia, columna et fundamentum veritatis (I Tim. III, 15), columna y fundamento de la verdad, prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el fin de los tiempos, aquella labor de formación y enseñanza que Jesús entregó a los primeros doce³¹.

La Revelación por la que conocemos de modo sobrenatural la existencia de Dios y los misterios de su vida, no ha sido propuesta como un hallazgo filosófico que deba ser perfeccionado por el ingenio humano, sino que ha sido entregada a la Esposa de Cristo como depósito divino, para ser fielmente guardada e infaliblemente declarada³². No es obra humana ni invento progresivo de los hombres, sino obra divina, manifestación de la benevolencia del Creador hacia sus criaturas³³. No es tampoco, como pretendió el modernismo, la conciencia adquirida por el hombre de su relación con Dios³⁴, como si la fe, principio y fundamento de la religión, debiera colocarse en cierto sentimiento íntimo que nace de la indigencia de lo divino³⁵. Si así fuera, Dios se esfumaría y el hombre ocuparía su puesto; la fe teocéntrica y sobrenatural quedaría arruinada y en su lugar tendríamos una fe natural y antropocéntrica, un sucedáneo de la fe, que a nadie podría salvar. Por el contrario, la doctrina católica enseña que la revelación es enseñanza divina hecha por vía

(27) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 2; (28) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 4; (29) cfr. San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 21; (30) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Dei Verbum*, n. 4; (31) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 3; (32) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; (33) cfr. Pío IX, enc. *Qui pluribus*, 9-XI-1846; *Syllabus*, 8-XII-1864; (34) San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 20; (35) San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907;

sobrenatural y que constituye un cuerpo de doctrina aplicable a todos los tiempos y a todos los hombres³⁶: un conjunto de verdades, un depósito confiado a la Iglesia por Dios mismo. Lo recordaba San Pablo a su discípulo Timoteo: *guarda el depósito que te he entregado y evita las novedades profanas en las expresiones y las contradicciones de la ciencia que falsamente se llama tal; porque algunos que la profesaron acabaron por perder la fe*³⁷.

CONTENIDO DE LA REVELACIÓN

Esta revelación sobrenatural, según la fe de la Iglesia universal declarada por el santo Concilio de Trento³⁸, «se contiene en los libros escritos y en las tradiciones no escritas que, recibidas por los Apóstoles de boca de Cristo mismo, o por los mismos Apóstoles bajo la inspiración del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros transmitidas de mano a mano»³⁹. Con ella, la razón humana ha enriquecido su acervo de verdades hasta el punto de atisbar misterios cuya existencia, por sus solas fuerzas, no habría podido ni sospechar⁴⁰; y ha alcanzado con seguridad otras verdades, naturales, que podían ser conocidas sin la ayuda de la gracia; es cierto que la razón humana, absolutamente hablando, con sus solas fuerzas y luz natural puede llegar al conocimiento verdadero y cierto de un solo Dios personal, que con su providencia conserva y gobierna el mundo, así como de la ley natural impresa por el Creador en nuestras almas; sin embargo son muchos los obstáculos que se oponen a que la razón use eficaz y fructuosamente de esta facultad natural suya⁴¹. En primer lugar, consta que la luz de la razón está debilitada por la culpa de origen propagada a todos los descendientes de Adán⁴², hasta el punto de que sólo con gran esfuerzo y después de un largo camino ha podido el hombre adentrarse en el conocimiento de los fenómenos naturales. Además, las verdades que se refieren a Dios o atañen a las relaciones entre Dios y el hombre, trascienden totalmente el orden de las cosas sensibles; y, cuando se llevan a la vida práctica para informarla, exigen la entrega y abnegación de sí mismos⁴³. El entendimiento humano, de algún modo sujeto en su conocer a lo sensible, encuentra dificultad en la adqui-

(36) San Pío X, *decr. Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 59; (37) I Tim. VI, 20-21; (38) Concilio de Trento, sess. IV; (39) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 2; (40) cfr. Pío IX, *Syllabus*, 8-XII-1864, n. 6; Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, can. 2 de revelat.; (41) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (42) Pío IX, *alloc. Singularem quadam*, 9-XII-1854; (43) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950;

sición de estas verdades, tanto por el impulso de los sentidos y de la imaginación como por la concupiscencia desordenada nacida del pecado original. De lo que resulta que los hombres se persuaden con gusto de que es falso, o por lo menos dudoso, lo que no quisieran que fuese verdadero⁴⁴. Por eso es moralmente necesaria la revelación de esas verdades no estrictamente sobrenaturales, para que, incluso en la condición presente del género humano, puedan ser conocidas por todos de modo fácil, con firme certeza y sin mezcla de error alguno⁴⁵.

La Revelación nos propone también, y principalmente, otros misterios escondidos en Dios de los que no habríamos podido tener noticia si no hubieran sido divinamente revelados⁴⁶. Se trata en este caso de una revelación absolutamente necesaria porque Dios, por su infinita bondad, ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar bienes divinos que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana⁴⁷. Son verdades tan excelsas —la existencia de tres Personas en la unidad de la esencia divina, el misterio de la Redención y del Pecado, la doctrina de la gracia y los sacramentos, etc.— que no pueden llegar a ser entendidas ni demostradas con el proceso de las ciencias. Así lo ha afirmado repetidas veces la Iglesia, rechazando el racionalismo y el semirracionalismo⁴⁸. También la Iglesia ha debido precisar, frente a los errores del fideísmo y del tradicionalismo, que negaban todo poder a la razón para profundizar en la fe⁴⁹, la verdadera doctrina católica sobre la revelación. El Concilio Vaticano I enseña que la razón ilustrada por la fe, cuando busca cuidadosa, piadosa y sobriamente, alcanza por don de Dios alguna inteligencia, y muy fructuosa, de los misterios, tanto por analogía de lo que naturalmente conoce, como por la conexión de los misterios mismos entre sí y con el último fin del hombre. Sin embargo, nunca se vuelve idónea para entenderlos totalmente, a la

(44) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (45) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 2; cfr. Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (46) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; cfr. Pío IX, Carta *Tuas libenter*, 21-XII-1863; (47) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 2; (48) Cfr. Gregorio XVI, Breve *Dum acerbissimas*, 26-IX-1835; Pío IX, enc. *Qui pluribus*, 9-XI-1846; alloc. *Singulari quadam*, 9-XII-1854; Breve *Eximiam tuam*, 15-VI-1857; Carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; Carta *Tuas libenter*, 21-XII-1863; Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; (49) Cfr. Gregorio XVI, Tesis firmadas por Bautain, 8-IX-1840; Pío IX, Tesis firmadas por Bonnelly, 15-VI-1855;

manera de las verdades que constituyen su propio objeto; porque los misterios divinos, por su misma naturaleza, sobrepasan de tal modo el entendimiento creado que, aun enseñados por la revelación y aceptados por la fe, siguen encubiertos por el velo de la misma fe y envueltos de cierta oscuridad, mientras en esta vida mortal «peregrinamos lejos del Señor; pues por fe caminamos y no por visión»⁵⁰⁻⁵¹.

INMUTABILIDAD DE LOS DOGMAS

En el orden religioso, hijas e hijos míos, no hay progreso, no hay posibilidad de adelanto. La cumbre de ese progreso se ha dado ya: es Cristo, alfa y omega, principio y fin (cfr. Apoc. XXI, 6)⁵². La revelación no puede ser perfeccionada: las obras de Dios son perfectas⁵³. Por eso la Iglesia ha rechazado con energía las opiniones de quienes, sosteniendo que el origen de toda religión se halla en el sentimiento religioso que, por medio de la inmanencia vital, brota de la interioridad del subconsciente⁵⁴, se atrevieron a afirmar que la religión católica no nació de otro modo sino por el proceso de la inmanencia vital en la conciencia de Cristo, hombre de naturaleza privilegiada como jamás hubo ni la habrá⁵⁵. Las fórmulas de la fe —los dogmas— no son algo que emerge en la conciencia por la elaboración racional de un oscuro sentimiento religioso, sino enunciados objetivos de unas verdades absolutas que Dios ha querido revelarnos. Por esta razón hay que mantener perpetuamente aquel sentido de los sagrados dogmas que una vez declaró la santa madre Iglesia, y jamás hay que apartarse de ese sentido con el pretexto de una mayor inteligencia⁵⁶. El contenido de la fe es inmutable porque proviene de Dios mismo, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación⁵⁷. La verdad es perenne, la palabra de Cristo no cambia: el cristiano debe ser fiel a esa verdad, aunque resulte incómodo, aunque en ocasiones pueda ser incluso motivo de roces e incomprensiones⁵⁸. Desde los primeros siglos viene afirmando la Iglesia que todo lo declarado por manos apostólicas, con asentimiento de la Iglesia universal...; lo que, sincero y claro, manó de la fuente purísima de las Escrituras, no puede ser em-

(50) II Cor. V, 6; (51) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; (52) Carta *Dei Amore*, 9-I-1959, n. 6; (53) *Deut.* XXXII, 4; (54) San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; (55) *ibid.*; (56) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; (57) *Iacob.* I, 17; (58) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 26;

pañado por argumentos falaces y engañosos⁵⁹. Cabe —y así lo reconoce la Iglesia— lo que los teólogos llaman *evolución homogénea del dogma*: que la razón, iluminada por la fe, ahonde en la inteligencia de los misterios, pero solamente en su propio género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y con la misma sentencia⁶⁰. De este modo la Iglesia defiende la integridad del depósito de la fe, que es cosa divina, inmutable; y defiende también la necesidad de progresar en su conocimiento⁶¹.

En nuestros días se habla mucho de *aggiornamento*, de la necesidad de estar al día también en el campo teológico; pero se olvida a veces que la doctrina revelada es perenne, que no está sujeta a las circunstancias cambiantes de la cultura y del tiempo. A este peligro se refería recientemente el Santo Padre: se dice que el Concilio ha iniciado y autorizado este modo de tratar la enseñanza tradicional. Pero nada hay más falso que esta afirmación, si tenemos en cuenta la palabra magistral de aquel Papa Juan, venerado predecesor nuestro e inventor —si así podemos llamarle— de ese «aggiornamento», en nombre del cual no pocas personas se atreven a infligir al dogma católico peligrosas e incluso temerarias interpretaciones y deformaciones. Juan XXIII tuvo a bien proclamar, en el famoso discurso de apertura del segundo Concilio Ecuménico Vaticano, que el Concilio mismo debía reafirmar toda la doctrina católica «nulla parte inde detracta», sin prescindir de ninguna de sus partes, aunque se trataría de buscar el mejor modo y más acorde a la madurez de lo estudios modernos para darle una expresión más adecuada y profunda⁶². De modo que la fidelidad al Concilio nos exhorta, por una parte, a un estudio nuevo y profundo de las verdades de la fe; y por otra nos lleva a aquel unívoco, perenne y consolador testimonio de Pedro, a quien Jesús quiso dotar de voz infalible en el seno mismo de su Iglesia, para garantizar la estabilidad de la fe y casi para desafiar la caducidad arbitraria y fugaz del tiempo⁶³.

No hay, por tanto, contradicción entre lo que podemos llegar a

(59) San Simplicio Papa, Carta *Cuperem quidem*, 9-I-476; cfr. Concilio de Calcedonia, año 451; Concilio II de Constantinopla, *Profesión de fe*, año 553; Concilio II de Nicea, sess. VIII, año 787; Pío IX, Breve *Eximiam tuam*, 15-VI-1857; San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 60; (60) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; cfr. San Vicente de Lerín, *Commonit.* 28; (61) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 51; (62) Cfr. A.A.S. 1963, 791-792; (63) Paulo VI, alloc. 3-IV-1968;

saber por la razón y lo que conocemos con certeza por revelación. Aunque la fe esté por encima de la razón, ninguna verdadera disensión puede darse jamás entre ellas. El mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe, puso dentro del alma humana la luz de la razón, y Dios no puede negarse a sí mismo ni la verdad podrá contradecir nunca a la verdad... Y no sólo no pueden jamás disentir entre sí la fe y la razón, sino que además se prestan mutua ayuda. La recta razón, en efecto, demuestra los fundamentos de la fe e, ilustrada por la luz de ésta, cultiva la ciencia de las cosas divinas; la fe, por su parte, libra y defiende a la razón de los errores y la provee de múltiples conocimientos ⁶⁴.

CONOCIMIENTO NATURAL DE DIOS

El designio salvífico de Dios no tiene límites. El quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad ⁶⁵, pero para eso es indispensable que el hombre le conozca. Creer en la existencia de Dios y en que premia a los buenos y castiga a los malos es indispensable para alcanzar la salvación: sin fe es imposible agradar a Dios; por lo cual, quien se acerca a El debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan ⁶⁶.

Quiso el Señor que todas las criaturas llevaran como impresas sus huellas y dieran testimonio de su existencia. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas ⁶⁷. Y así la misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana, partiendo de las cosas creadas ⁶⁸. Mas a pesar de esta posibilidad de conocer naturalmente al Creador, muchos son, sin embargo, los que hoy en día se desentienden totalmente de esta íntima y vital unión con Dios o la niegan de forma explícita, hasta el punto de que el ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nuestra época ⁶⁹.

(64) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 4; cfr. Concilio V de Letrán, sess. VIII, Bula *Apostolici regiminis*, 19-XII-1513; Pío IX, enc. *Qui pluribus*, 9-XI-1846; León XIII, enc. *Immortale Dei*, 1-XI-1885; San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (65) 1 Tim. 1, 4; (66) Hebr. XI, 6; (67) Rom. I, 20; cfr. Sap. XIII, 1; (68) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De fide cath.*, cap. 2; cfr. Gregorio XVI, Tesis firmadas por Bautain, 8-IX-1840; Pío IX Tesis firmadas por Bonnetty y tradicionalistas, 15-VI-1855; Carta *Gravissimas inter*, 11-XII-1862; San Pío X, enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; Motu proprio *Sacrorum antistitum*, 1-IX-1910; (69) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 19.

Volved los ojos —nos dice el Padre— a esos pueblos, que han alcanzado un crecimiento casi increíble de cultura y de progreso; que, en pocos años, han llevado a cabo una evolución técnica admirable que les proporciona un alto nivel de vida material. Sus investigaciones —es una maravilla cómo Dios ayuda a la inteligencia humana— deberían haberles movido a acercarse a Dios, porque, en la medida en que son realidades verdaderas y buenas, proceden de Dios y conducen a El.

Sin embargo, no es así: tampoco ellos, a pesar de su progreso, son más humanos. No pueden serlo, porque, si falta la dimensión divina, la vida del hombre —por mucha perfección material que alcance— es vida animal. Sólo cuando se abre al horizonte religioso culmina el hombre su afán por distinguirse de las bestias: la religión, desde cierto punto de vista, es como la más grande rebelión del hombre, que no quiere ser una bestia⁷⁰.

Dice el necio en su corazón: no existe Dios⁷¹. Siempre ha habido ateos en el mundo, a pesar de la capacidad natural para llegar a conocer la existencia de Dios. Sin embargo, en nuestros días se deja sentir este fenómeno de forma sistemática, por muy diversas causas⁷². Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos... Si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su creador... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocieron más fácilmente al Señor de él?⁷³ San Pablo, en la epístola a los Romanos, usa palabras más fuertes; y llega a decir de los paganos que no tienen disculpa, porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron ni le dieron gracias, sino que devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y mientras se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios... Por lo cual —concluye— Dios los abandonó a los deseos de su corazón y a la impureza, de modo que deshonraron sus propios cuerpos; ellos, que habían colocado la mentira en lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador⁷⁴.

(70) Carta Dei Amore, 9-I-1959, n. 6; (71) Ps. XIII, 1; (72) Cfr. Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, nn. 19-20; (73) Sap. XIII, 1-9; (74) Rom. V, 20-25;

Lo más importante en la tierra, por encima de todo, es conocer y amar a Dios, para quien hemos sido creados: el objeto principal de la fe es la Verdad primera, Dios mismo. Ese es el fin último del hombre, lo que le da su verdadera dimensión y sentido. *La razón más alta de la vida humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento —afirma el Concilio Vaticano II—, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador*⁷⁵. Sólo en Dios, en su conocimiento y amor, puede encontrar el hombre la verdad que busca y el bien que su corazón añora. *La verdad es siempre, en cierto modo, algo sagrado: don de Dios, luz divina que nos encamina hacia Aquél que es la luz por esencia. Y esto sucede especialmente cuando la verdad se considera en el orden sobrenatural: hay pues que tratarla con respeto, con amor*⁷⁶. El amor es llave que abre todo conocimiento, luz que disipa las tinieblas. El conocimiento natural de Dios no llegará a alcanzarse bien si no hay rectitud en la conciencia, humildad para encontrar en las criaturas la huella divina, bondad para aceptar las consecuencias que se siguen de que Dios exista. De igual modo, el amor —caridad sobrenatural— es indispensable para adherirse perfectamente a la revelación divina: sin piedad, la fe está siempre amenazada; la fe, si es viva, *obra animada por la caridad*⁷⁷. Y se requiere amor sobrenatural en grado sumo para poder contemplar a Dios en el cielo, cara a cara, en la plenitud del *lumen gloriae*, que sólo alcanzan los que llegan a la perfección de la caridad.

El conocimiento natural de Dios, que la razón humana puede alcanzar de algún modo con sus fuerzas, ayuda a recibir ese otro género de conocimiento más elevado, el conocimiento de la fe. Y la fe, la aceptación rendida y amorosa de la revelación divina, hace al hombre paladear el gozo que le embargará en el cielo, cuando conozca a Dios Uno y Trino en plenitud de unión; y le encamina a esa visión eterna a la que ha sido destinado: *nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*⁷⁸.

(75) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 19; (76) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 24; (77) *Galat.* V, 6; (78) San Agustín, *Confess.* I, 1.